

El sentimiento desborda

Le Corbusier¹

Los bárbaros habían pasado, se habían establecido sobre las ruinas, y sus incontables masas iniciaban en todos los países de Europa la vida ruda y el ascenso lento de los pueblos. De la antigüedad quedaban solo los poderosos vestigios de las construcciones romanas.

Desde la carreta ambulante, habrá que pasar al templo y a la ciudad. El cemento romano ha conservado las grandes cúpulas, las bóvedas de cañón, las bóvedas monolíticas de las que una mitad se ha desplomado en el incendio, pero cuya otra mitad permanece suspendida en el vacío. He aquí el modelo: ¡el huraño carretero del norte se halla ante la cultura antigua! Para sus edificios adoptará el modelo tal cual es. Uno no llega de igual a igual, cuando es un salvaje, al fruto exótico de la civilización de los otros. Y vamos a verlo. El hombre jamás copia, no puede hacerlo, pues esto sería contrario a las reglas naturales. El fruto de una civilización madura una vez que todos los medios técnicos se han realizado; los medios técnicos son

¹ Charles-Édouard Jeanneret- Gris (1887-1965), arquitecto, figura fundamental del acontecer artístico-cultural del siglo XX. Sus innumerables obras han influido sobre generaciones de creadores por la renovación que trajo a una disciplina de sino conservador, así como por el lugar que modeló para la figura del intelectual: provocador, polemista, incitador de transformaciones sociales. Se trata, sin lugar a dudas, de una personalidad central en la historia de una época en la que la escala global no era un límite para el accionar humano, sino su aliciente, el tiempo en que la voluntad humana se mide a la luz del tamaño de los cambios que quiere llevar a cabo. En el texto que aquí se presenta, publicado en París en 1924, como parte de *Urbanisme*, Le Corbusier emprende una revisión poética de la historia de la actividad humana en relación con la ciudad, su mayor logro, su mayor aventura.

la lenta suma de un esfuerzo constructivo de la razón; de cero se ha ascendido hasta X, pasando con éxitos y fracasos y por 1, 2, 3 y 4, etcétera; se trata del capital mismo de una sociedad, acumulado y que, por lo tanto, constituye el alimento de un espíritu determinado de este modo y que pretende diseminar, colocarse en el cuadro de honor de las épocas de la tierra. Se trata, entonces, de ese sentimiento de las cosas arraigado en profundas bases adquiridas y que ha sido designado con el nombre de cultura. En ciertos momentos, la agudeza de este sentimiento es tal, su decantación es tan lograda, su cristal tan puro, que una frase basta para proyectar luces: cultura griega, cultura latina, cultura occidental, etcétera.

No se saquea en el patrimonio de nadie. Jamás se ha visto un ciprés instalarse brutalmente, con sus 50 metros de alto, en medio de las encinas; nunca se ha visto más que una semilla minúscula y que ha invertido doscientos años para hacer un hermoso árbol. La cultura no se bebe ansiosamente en los manuales o en el saqueo de las ciudades; nos impone siglos de esfuerzos. Así, para comenzar, los carreteros huraños del Norte que quisieron copiar la antigüedad partieron como pobres ingenuos de lo que veían, pero no de lo que sabían. Partieron del Panteón que les parecía que estaba bien; y sus ruines copias se derrumbaron. No conocían el cemento romano; no tenían medios, instrumental. Se desanimaron y dejaron sus útiles hacia el año 1000, decididos a no hacer nada más. Si el clero ya no contó con su labor, dispuso al menos de sus riquezas: se esperaba el fin del mundo... que no llegó. Entonces, razonablemente, se plantó la semilla de "saber" y los siglos agregaron las otras. Se crearon los medios técnicos, se conquistó el instrumental, y mediante esta saludable disciplina el pensamiento sumó sus conclusiones a las obras de la razón. Un sentimiento nació virgen y puro, y auténtico. ¡En 1300 se hizo la catedral!

¡Hermosa aventura! Del Panteón² se llegó a la catedral, con la cultura antigua se hace la Edad Media.

² Tomo el Panteón como símbolo de la construcción romana [Nota del autor].

Así es como se elevan las culturas: sobre el esfuerzo personal; ingestión, digestión. Cuando se ha digerido, se ha adquirido un sentimiento de las cosas. Y este sentimiento se alimenta por lo que se ha ingerido. No se saquea cuando se trata de las obras del espíritu.

Desbordante, pasando por encima de las voluntades, formado por las capacidades propias de los pueblos, el sentimiento es un logro y se torna imperativo; ordena, conduce: fija la actitud y la profundidad de las cosas. Se parte del Panteón; pero no, ¡artificio! Se llega a la catedral. Cultura antigua. Edad Media.

Edad Media. El bárbaro está adentro y tiende hacia una cultura. 1300 no es un fin, el bárbaro está demasiado cerca. El camino continúa. Nosotros, nosotros estamos en el camino y querríamos cubrir una etapa.

El sentimiento desborda.

El sentimiento es un imperativo categórico al que nada se resiste. El sentimiento —suerte ambigua de ciertas palabras— es precisamente lo que no se siente, no se mide. Es innato, violento; empuja, actúa. Con más modestia podría denominársele intuición.

Pero la intuición, más allá de las estrictas manifestaciones del instinto, puede definirse, para tranquilizarnos, sobre la base de elementos racionales; y bien podría decirse que la intuición es la suma de los conocimientos adquiridos. (Lo mismo podría decirse del instinto, que es la suma secular de los conocimientos adquiridos.)

Henos aquí sobre el terreno firme y en un medio en que podemos orientarnos y dirigir nuestros actos.

Si la intuición es la suma de los conocimientos adquiridos (que pueden remontarse mucho, atavismo, legado secular, etcétera), el sentimiento es, entonces, una irradiación de las adquisiciones registradas. El sentimiento tiene razones en su base; es un hecho racional, es, en síntesis, lo que se merece: a cada cual según su trabajo.

No se roba un sentimiento.

Teniendo que concretar para reunir en un consistente haz los medios que la época pone entre nuestras manos —el instrumental con que vamos a intentar preparar una obra—, prestaremos atención al sentimiento que, sobrepasando nuestras minuciosas, precisas y cotidianas tareas, las conduce hacia una forma ideal, hacia un estilo (un estilo es un estado de pensamiento), hacia una cultura — innumerables esfuerzos de una sociedad que se siente pronta para fijar una actividad nueva, después de uno de los más fecundos periodos de preparación que haya conocido la humanidad.

La cultura se manifiesta por la adquisición de conciencia de los medios de que se dispone, a través de una selección, una clasificación, a través de una evolución. Esta clasificación establece la jerarquía de los sentimientos, determina por consiguiente la selección de los medios provocadores de esos sentimientos.

Es natural que, buscando la felicidad, nos esforcemos por alcanzar un sentimiento de equilibrio. Equilibrio=calma, dominio de los medios, lectura clara, orden, satisfacción del espíritu, medida, proporción, en verdad: creación. El desequilibrio revela un estado de lucha, de inquietud, de dificultades no resueltas, de sojuzgamiento, de indagaciones, estado inferior y anterior, preparatorio. Desequilibrio: estado de fatiga. Equilibrio: estado de bienestar.

Podemos hacer la siguiente clasificación:

a) el animal humano, primate con su sagacidad de animal, su olfato, su instinto (que es, por otra parte, algo ancestral) crea para sí un estado de equilibrio primario inferior, pero perfecto en sí mismo. De este modo, se ve al salvaje emplear las formas puras de la geometría porque instintivamente se pone bajo la ley universal de la que nada pretende comprender, pero a la que no pretende sustraerse.

b) Los pueblos que están marchando hacia una cultura (¿movidos por qué fuerza?) y emergiendo de su vida animal, se desequilibran en virtud de los saltos sucesivos por los cuales, poco a poco, adquieren

las certidumbres que forman el juego del pensamiento. El camino es áspero; tiene puntos de conocimiento, pero a su lado hay abismos de lo desconocido, de tentativas aventuradas y fracasos. Y este esfuerzo, con sus exuberancias y lagunas, excesos y carencias, su falta de equilibrio, la ausencia de medida y proporción, los fatiga.

c) Los momentos de apogeo se dan en el instante en que todos los medios han sido tentados, en que el instrumental perfeccionado asegura la ejecución perfecta de iniciativas razonables. Surge tranquilidad de la potencia adquirida y que se regula. El espíritu construye en la serenidad. El tiempo de lucha ha pasado. He aquí el de la construcción. Y cuando construimos en nuestro espíritu, apreciamos y medimos, reconocemos lo mejor; proporcionamos. En la masa de las formas, cuyo arduo contraste acabamos de hacer, operamos la elección de las formas más puras. El espíritu nos lleva a la geometría. Nuestras creaciones no son fatigosas, titubeantes: son formales y puras. Sabemos alejar al estado de fatiga. Creamos formas condicionadas que tienen un centro, una geometría; tendemos a las satisfacciones superiores, desinteresadas, por el espíritu matemático que nos anima. Creamos fría y puramente. He aquí las épocas que se designan con el nombre de clásicas.

Fisiología de las sensaciones: estado de quietud, estado de fatiga.

Todo lo que procede del hombre, creaciones de su mano, creaciones de su espíritu, se expresa mediante un sistema de formas que es el calco del espíritu que ha dictado su construcción. De esta manera pueden clasificarse por formas los estados de civilización: la recta y el ángulo recto trazados a través del enredo de dificultades e ignorancia, son la manifestación clara de la fuerza y de la voluntad. Cuando reina la ortogonal, se está ante las épocas de apogeo. Y uno ve cómo las ciudades se desprenden de sus confusas calles, tendiendo hacia la recta y extendiéndola lo más posible. El hombre que traza rectas demuestra que ha recuperado el dominio de sí mismo, que ingresa al orden. La cultura es un estado de espíritu ortogonal. No se crean rectas deliberadamente. Se llega a la recta cuando se tiene suficiente fuerza, suficiente firmeza, suficientes armas y suficiente

lucidez para querer y poder trazar rectas. En la historia de las formas el momento de la recta es un logro; tiene por detrás y dentro todas las arduas faenas que han permitido esta manifestación de libertad.

Definición del sentimiento moderno:

Nuestra cultura moderna, conquistada por Occidente, hunde sus raíces en la invasión que apagó la cultura antigua. Conoció el revés del año 1000 y luego se fue levantando lentamente a lo largo de diez siglos. Con un primer instrumental de admirable ingeniosidad, inventado por la Edad Media, escribió momentos de gran claridad en el siglo XVIII. Luego, el siglo XIX fue el más asombroso momento de preparación que haya conocido la historia. Establecidos los principios fundamentales de la razón por el siglo XVIII, el XIX, en una obra magnífica, se hundió en el análisis y la experimentación y creó un instrumental completamente nuevo, formidable, revolucionario y revolucionador de la sociedad. Herederos de esa labor, percibimos el sentimiento moderno y sentimos que una época de creación se inicia. Felices, dueños de medios más eficaces que nunca, imperativamente nos impele un sentimiento moderno.

Este sentimiento moderno establece un espíritu de geometría, un espíritu de construcción y de síntesis. La exactitud y el orden son sus requisitos. Disponemos de medios tales que para nosotros la exactitud y el orden son posibles; y el trabajo intenso que nos ha dado los medios de realización ha creado en nosotros ese sentimiento que es una aspiración, un ideal, una tendencia implacable, una necesidad tiránica. Esto constituirá la pasión del siglo. ¿Con cuanto asombro consideramos los embates espasmódicos y desordenados del romanticismo? Periodo de repliegue en un esfuerzo de análisis que provocaba erupciones de volcanes. Ya no hay erupciones, casos personales extremos. La amplitud de nuestros medios nos impulsa hacia lo general, a la apreciación del hecho límpido. Antes que el individualismo, producto de fiebre, preferimos lo trivial, lo común; preferimos la regla a la excepción.

Lo común, la regla, la regla común, nos parecen las bases estratégicas del camino hacia el progreso y hacia lo bello. Lo bello

general nos atrae y lo bello heroico nos parece un incidente teatral. Preferimos Bach a Wagner y el espíritu del Panteón al de la catedral. Queremos la solución y contemplamos con inquietud los abortos, aunque sean grandiosamente dramáticos.

Contemplamos con entusiasmo el lúcido ordenamiento de Babilonia y festejamos el claro espíritu de Luis XIV; indicamos esta fecha con una piedra miliar y estimamos que, después de los romanos, "le Grande Roy" fue el primer urbanista de Occidente.

Vemos abundar en el mundo potencias enormes, industriales y sociales; percibimos salidas del tumulto, aspiraciones ordenadas y lógicas y las sentimos coincidir con los medios de realización que poseemos. Nuevas formas nacen; el mundo crea una nueva actitud. Los antiguos vestigios se desploman, se agrietan, trastabillan. Su insigne caída puede apreciarse por la manera en que tratan de asirse al nuevo movimiento, en su afán por sobrevivir y sofoca un empuje perjudicial para su conservación. La fuerza de la reacción descubre la fuerza de la acción. Un estremecimiento inefable sacude todas las cosas, descompone la vieja máquina, impulsa y orienta el esfuerzo de la época. Una época nueva comienza y nuevos hechos sobrevienen.

Y para comenzar, el hombre tiene necesidad de una morada y de una ciudad. La morada y la ciudad resultarán del nuevo espíritu, del sentimiento moderno, fuerza irreversible, desbordante, fuera de todo control, pero resultante del lento trabajo de nuestros padres.

Es un sentimiento nacido de la labor más ardua, de las investigaciones más racionales; es "un espíritu de construcción y de síntesis guiado por una concepción."

Esto decepciona a primera vista, pero después de reflexionar alienta y da confianza: las grandes obras industriales no exigen grandes hombres.